

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Virgen María: Icono de la fe obediente

19 de diciembre de 2012

Queridos hermanos:

En el camino del Adviento, la Virgen María ocupa un lugar especial como aquella que esperó de modo único la realización de las promesas de Dios, acogiendo en la fe y en la carne a Jesús, el Hijo de Dios, en plena obediencia a la voluntad divina. Hoy quisiera reflexionar brevemente con vosotros sobre la fe de María a partir del gran misterio de la Anunciación.

«*Chaire kecharitomene, ho Kyrios meta sou*»; ‘Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo’ (Lc 1,28). Estas son las palabras —citadas por el evangelista Lucas— con las que el arcángel Gabriel se dirige a María. A primera vista, el término *chaire*, ‘alégrate’, parece un saludo normal, usual en el ámbito griego; pero esta palabra, si se lee sobre el trasfondo de la tradición bíblica, adquiere un significado mucho más profundo. Este mismo término está presente cuatro veces en la versión griega del Antiguo Testamento, y siempre como anuncio de alegría por la venida del Mesías (cf. So 3,14; Jl 2,21; Za 9,9; Lm 4,21). El saludo del ángel a María es, por lo tanto, una invitación a la alegría, a una alegría profunda, que anuncia el final de la tristeza que existe en el mundo ante el límite de la vida, el sufrimiento, la muerte, la maldad, la oscuridad del mal que parece ofuscar la luz de la bondad divina. Es un saludo que marca el inicio del Evangelio de la Buena Nueva

Creador y criatura, no elimina cuanto afirma el apóstol Pablo ante las profundidades de la sabiduría de Dios: «*¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastrables sus caminos!*» (Rm 11,33). Pero precisamente quien —como María— está totalmente abierto a Dios, llega a aceptar el querer divino, incluso si es misterioso, también si a menudo no corresponde al propio querer y es una espada que traspasa el alma, como dirá proféticamente el anciano Simeón a María, en el momento de la presentación de Jesús en el Templo (cf. Lc 2,35). El camino de fe de Abrahán comprende el momento de alegría por el don del hijo Isaac, pero también el momento de la oscuridad, cuando debe subir al monte Moria para realizar un gesto paradójico: Dios le pide que sacrifique al hijo que le había dado. En el monte, el ángel le ordenó: «*No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo*» (Gn 22,12). La plena confianza de Abrahán en el Dios fiel a las promesas no disminuye ni siquiera cuando su palabra es misteriosa y difícil, casi imposible, de acoger. Así es para María; su fe vive la alegría de la Anunciación, pero pasa también a través de la oscuridad de la crucifixión del Hijo para poder llegar a la luz de la resurrección.

Ni siquiera es distinto para el camino de fe de cada uno de nosotros: encontramos momentos de luz, pero hallamos también momentos en los que Dios parece ausente, su silencio pesa en nuestro corazón y su voluntad no corresponde con la nuestra, con aquello que nosotros quisiéramos. Pero cuanto más nos abrimos a Dios, acogemos el don de la fe, y ponemos nuestra confianza totalmente en Él —como Abrahán y como María—, tanto más Él nos hace capaces, con su presencia, de vivir cada situación de la vida en la paz y en la certeza de su fidelidad y de su amor. Sin embargo, esto implica salir de uno mismo y de los proyectos propios para que la Palabra de Dios sea la lámpara que guíe nuestros pensamientos y nuestras acciones.

Querría detenerme aún sobre un aspecto que surge en los relatos sobre la infancia de Jesús narrados por san Lucas. María y José llevan a su hijo a Jerusalén, al Templo, para presentarlo y consagrarlo al Señor, como prescribe la ley de Moisés: «*Todo varón primogénito será consagrado al Señor*» (cf. Lc 2,22-24). Este gesto de la Sagrada Familia adquiere un sentido aún más profundo si lo leemos a la luz de la ciencia evangélica de Jesús a los doce años, cuando, tras buscarle durante tres días, le encuentran en el Templo mientras discutía entre los maestros. A las palabras llenas de preocupación de María y José:

comprensión que solo la fe puede garantizar. Es la humildad profunda de la fe obediente de María, que acoge en sí también aquello que no comprende del obrar de Dios, dejando que sea Dios quien le abra la mente y el corazón. «*Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá*» (Lc 1,45), exclama su pariente Isabel. Y precisamente por su fe, todas las generaciones la llamarán bienaventurada.

Queridos amigos, la Solemnidad del Nacimiento del Señor, que dentro de poco celebraremos, nos invita a vivir esta misma humildad y obediencia de fe. La gloria de Dios no se manifiesta en el triunfo y en el poder de un rey, no resplandece en una ciudad famosa, ni en un suntuoso palacio, sino que establece su morada en el seno de una virgen, se revela en la pobreza de un niño. La omnipotencia de Dios, también en nuestra vida, actúa con la fuerza, a menudo silenciosa, de la verdad y del amor. La fe nos dice, entonces, que el poder indefenso de aquel Niño, al final, vence al ruido de los poderes del mundo.

(Saludo a los peregrinos de lengua española, en particular a los Legionarios de Cristo que recientemente han sido agregados al Orden Sacerdotal, y a sus familiares)